

LEJOS CERCA

María José Navia¹

Su hermana escucha desde el otro lado de la pantalla. La imagina recostada en el suelo y mirando hacia arriba. Imagina que sus palabras viajan, que suben como las volutas de humo de una chimenea, o esa llama lánguida de una vela justo antes de apagarse. La imagina porque no la ve. La pantalla apunta hacia el techo y eso es lo que Emilia mira. Ya se aburríó de pedirle que la mueva, que le muestre. Algo. Lo que sea. Que quiere ver su vida, eso dice. Pero para eso te la cuento dice Mara. No es verdad, no se la cuenta. Con suerte la dibuja, la sugiere. Le dice que está aprendiendo inglés, ese idioma que a Emilia siempre le resultó tan fácil pero que a ella se le atasca entre los dientes. Le dice que no está saliendo con nadie. O que sí sale, pero a correr.

Emilia ha visto pocas fotos pero puede confirmarlo: Mara se ve feliz. Le brillan la piel y los ojos. En las imágenes siempre se cuelan árboles, hojas, el mar. Ahora, en cambio, ve el techo. Arriba, en una esquina (para ella, no para la habitación) hay un ventilador con sus aspas girando. Podría decirle que la mamá estaría orgullosa de que se haya atrevido a hacer ese viaje sola, pero sabe que Mara está aburrída de que las haga de ventríloquo. Su propia nube de Mufasa dándole consejos desde el cielo. *Recuerdaaaaa*, decían a veces riéndose de niñas, y luego, cuando Emilia se refugió en el inglés como en un abrigo enorme, *Remember*. Así le sonaba mejor a ella y luego Mara lo asumió también como propio. Ella se acordaba más; para Mara, en cambio,

¹ María José Navia (Santiago, 1982). Magíster en Humanidades y Pensamiento Social por la universidad de Nueva York, doctora en Literatura y Estudios Culturales por la universidad de Georgetown, actualmente se desempeña como profesora en la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es autora de las novelas *SANT* (2010) y *Kintsugi* (2018), de las colecciones de cuentos *Instrucciones para ser feliz* (2015), *Lugar* (2017, Finalista del Premio Municipal de Literatura) y *Una música futura* (2020, ganadora del concurso Mejores Obras Literarias y finalista del Premio Municipal de Literatura) y de la novela infantil: *El mapa secreto de las cosas* (2020, Premio Medalla Colibrí IBBY Chile 2021 a la Mejor Ficción Infantil). En 2022 fue seleccionada como una de las cinco finalistas del Premio Internacional Ribera del Duero por su libro *Todo lo que aprendimos de las películas*, publicado en 2023 por Páginas de Espuma en España y Latinoamérica.

su madre era un cuento. Uno bonito, uno con fotos y un par de videos, uno que se había acabado demasiado pronto y que, si bien se podía volver a contar, no por eso dejaba de dolerle.

Emilia ya se acostumbró a la diferencia de hora. Son trece. Intenta no pensar en eso del número de la mala suerte y las películas de terror. Para Emilia, Australia a veces parece tan lejana como Júpiter. Algo hecho de otros materiales. Donde tal vez el aire pesa distinto. Cuando es el mediodía sabe o imagina que su hermana está durmiendo; cuando su despertador suena a las siete de la mañana para ir a trabajar, ella ve a su hermana volver del suyo. A veces la pone triste saber que su hermana no leerá uno de sus mensajes hasta el día siguiente. A veces, en cambio, la enternece. Y mientras enseña su clase de las dos, mientras sus estudiantes la miran con curiosidad, Emilia casi podría dibujar a su hermana durmiendo.

Plácida.

(Una historia de hermanas es una historia de amor).

Cuando Mara no le cuenta mucho, cuando se guarda en ese silencio como de algodón pero nunca de nube, Emilia le habla de su embarazo. Mara entonces sí mueve la pantalla y aparece con sus ojos grandes y su pelo desordenado. Quiere verla, pide verla. Siempre. Al principio para estudiar su cara de sueño, o de asco, luego esa silueta rara y como de otro planeta. Nunca le ha dicho que se ve linda. Tampoco ha tomado el rol de Mufasa para hablarle como su madre desde el Mas Allá. No recuerda su voz y, cuando ve alguno de los videos, le parece como si en verdad estuviera doblada, con una voz superpuesta a la verdadera, una un poco más falsa y estridente. Quizás porque no escuchaba palabras dirigidas a ella y entonces decidía no creer en ninguna de las demás. Una actriz haciendo de su madre como en su película favorita: *Stories We Tell* de Sarah Polley.

Esto Emilia no lo sabe pero nosotros sí: a veces, cuando se desvela, Mara escucha el corazón de su sobrino. Emilia le manda todo. Las imágenes de las ecografías, los archivos de audio. No sabe si para que Mara se sienta cerca o para que ella se sienta menos sola. El padre del sobrino está poco. El padre del sobrino no se menciona a menos que sea absolutamente necesario. Por si se muere, por ejemplo. Aunque es muy cruel eso. Ni Emilia le desea tanto daño y además Emilia quiere mucho a este hijo y esa alegría parece borrar lo demás. Emilia, además, se quedó con su padre del otro lado de la pantalla. Y padreabuelo puede ser buena compañía cuando quiere serlo.

Del lado de Mara, en cambio, no hay mucho. No se cuenta mucho.

Pero no contar algo puede ser también cuidarlo.

Esto Mara no lo sabe: Emilia está feliz pero también tiene muchísimo miedo. Le gustaría decir, le gustaría pensar, que tiene amigas que podrían entenderla y acompañarla, pero no es verdad. A Emilia las amigas le cuestan. Le costaron siempre.

Así que siempre tomó a las de Mara de prestado. Que sí se quedaron de su lado de la pantalla pero que ahora, sin Mara de excusa, no se atreve a llamar. Los amigos eran más fáciles, pero también más complicados. Siempre terminaba por salir con alguno o enemistarse. Porque ellos se entusiasmaban o confundían y entonces ella sentía que les debía algo. Siempre salía de esas relaciones pensando que algo andaba mal en ella, que había nacido sin un manual de instrucciones.

Mara, en cambio, le daba consejos. Nunca tuvo problemas ni para empezar ni para terminar relaciones. Ella era su informante en ese ritual extraño que se llamaba conversar. O mejor: *acercarse*. Para Emilia era un disfraz de persona, de ser humano tímido pero razonable. Un disfraz demasiado ajustado, demasiado caluroso, que la dejaba como pegoteada por dentro y oliendo mal. Qué hago ahora, le preguntaba, y Mara sacaba su sabiduría de hermana menor sin recuerdos de su madre, pero con experiencia en ese planeta que no era Júpiter pero que podía serlo, mientras Emilia quedaba a la intemperie con ese traje de buzo que la separaba del mundo.

Emilia corta porque ya va llegando una estudiante a su oficina. Viene con los ojos llorosos y eso siempre envía señales de alerta a todos sus sistemas. Su nave espacial a punto de estrellarse. Dice que viene a contarle una situación *personal*. Emilia aprieta los dientes y piensa en koalas. En canguros. En todos los clichés que relaciona con Australia porque quizás con eso sonríe, quizás con eso pueda sintonizar la sabiduría de Mara.

Eso es lo que pasa, eso es lo que no deja de pasar (y Mara ya comienza a preocuparse): todas las noches, entre las cinco y las seis de la mañana, su corazón se detiene. Mara despierta de un salto. Después del susto, por minutos, y a veces horas, se le queda como un zumbido. Un latido de colibrí volando de un lado al otro, que le adormece el brazo, que la llena de angustia. Pero esta noche Mara va a dormir con una serie de cables y nodos en el cuerpo. Tiene una maquinita que le cuelga a un costado, como una cartera pequeña, un bolso para bajar a la playa (a la que ella no se acerca).

No le ha contado a su hermana para no preocuparla.

Porque está lejos, porque está embarazada, porque está sola.

Porque no sabe que tiene miedo y que quizás este otro miedo podría acercarlas.

Porque a veces al cuidar nos hacemos daño.

A Emilia también le cuesta hablar con sus estudiantes. A medida que pasan los años siente que no tienen temas en común y que su timidez ha dejado de ser adorable. Tal vez nunca lo fue. Le cuesta horrores mirar a los ojos, tiene que obligarse a hacerlo, es más, le han dicho que lo haga. En sus evaluaciones, los alumnos se quejan: *parece que no quisiera estar aquí, nunca nos mira*. Y mienten, o exageran, pero también dicen

la verdad. A Emilia le da terror verlos, a ellos y a cualquiera. Siempre está mirando el suelo. En clases se saca los anteojos para que su sala sea una enorme mancha.

La estudiante quiere contarle algo delicado y ella no sabe bien el protocolo. ¿Es mejor cerrar o dejar abierta la puerta de la oficina? ¿Si llora puede abrazarla? ¿Qué le dice? Los ojos de su alumna están inundados, de los nervios le han salido manchas en el cuello, se refriega las manos y quizás incluso se ha hecho más de una herida con las uñas; la mesa del escritorio no la deja ver del todo. Tiene puestos unos aros de corazón, ¿puede decirle que le quedan bien? ¿qué le gustan? No se atreve a contarle a su jefe ni a sus colegas de su miedo. Decirles que mientras era estudiante siempre pudo ir a perderse en los libros pero que ahora, de profe, no había donde esconderse. Quiere creer que ahora le tienen más paciencia por el embarazo, pero quién sabe. Algunos de sus compañeros piensan que se arruinó la vida. Nadie se la imagina cuidando niños. Ni siquiera ella. Pero nunca tuvo dudas de que quería tenerlo. Mara ya estaba en Australia, a sus muchas horas de diferencia. Mara buscando su destino, una vez más y en otro país. Trabajando de mesera, de babysitter, de cualquier cosa, mientras estudiaba inglés y se iba lejos. Lejos-lejos, como entonaban cuando niñas. Cuando su padre estaba, siempre o la mayoría del tiempo, lejos-lejos. Saludándolas a la rápida en una llamada desde el aeropuerto, siempre con el ruido de fondo de voces por altavoces y el zumbido de los pasajeros con sus maletas con rueditas. Su papá le mandaba plata a Mara de vez en cuando; aunque no aprobaba mucho su decisión (o, mejor dicho, su indecisión); no era capaz de dejarla sola. Hablaban poco porque en los últimos años Mara había construido otro mundo a su alrededor. Un búnker donde no cabía la pena, donde casi no existían recuerdos de esa infancia feliz que sí tuvo, que sí había tenido.

Pero Mara se llevó el miedo a Australia.

Y allá se le enganchó en el corazón.

Ese que, en cualquier momento, dejará de latir.

Le cuesta dormir con los nodos fríos, con ese bolsito al costado. Teme que se le despiquen. Le dijeron que sus arterias están bien, que no debiera morir de un infarto pero que sería un riesgo embarazarse. Eso le duele. Siempre le duele. Cuando despierta con la boca buscando aire, cuando incluso se sienta en la cama y enciende la luz para asegurarse de que puede moverse. Entonces vuelve a las grabaciones de su sobrino y deja que los latidos se encaramen por las murallas. Los deja sonar por los parlantes. Los escucha una y otra vez.

El niño nacerá sin ella. Solo verá el cuerpo de su hermana transformarse por pantalla. Solo tendrá que esperar atenta a que Emilia le mande un mensaje diciéndole que va rumbo a la clínica o que empezó trabajo de parto o que rompió bolsa.

Y ella se lo va a perder.

Por varias horas, por varios kilómetros.

Quizás es mejor no pensar en eso.

Por mientras, se entretiene con videos de Youtube.

[*Skip ad, Skip Trial, Skip Intro*]

Emilia solo contesta el teléfono cuando es su hermana quien llama. E incluso entonces es siempre con un temblor y un gesto de desconocimiento. La pantalla brilla con una foto de Mara leyendo en un café de gatos, sentada en el suelo, las palabras que conforman su nombre tintineando. Emilia espera. Siempre lo hace hasta que su hermana casi cuelga. Pero Mara la conoce así que se queda. Conoce de este miedo y lo entiende. Emilia siente en el cuerpo el chirrido del ringtone, se pone tan nerviosa que le transpiran las manos y no escucha lo que le dicen del otro lado, lo que acaba por ponerla aún más nerviosa. No contesta números desconocidos, evita todo lo posible el teléfono de su oficina, aunque ese sí debería intentar contestarlo. Hablar por teléfono implica saber leer a otro (quien sea, desconocido o no), hay que entender urgencias y chistes, hay que apoyar el aparato contra la oreja que no escucha todo lo bien que debería para la edad que tiene. Hace unos días se hizo un examen que probaba que su oído tenía casi sesenta años. El teléfono siempre interrumpe, siempre llega como interrupción. Famosos teléfonos que cambian lecturas: el que suena en *The Great Gatsby*. El teléfono se contesta pero nadie responde del otro lado; el fantasma de la sospecha que queda sobrevolando la mesa. ¿Qué pasa cuando suena un teléfono en un cuento o una novela? ¿Cómo leemos eso? Es algo que Emilia sí podría preguntarle a su estudiante y sí estaría esta vez interesada en su respuesta. Qué pasa cuando llega una carta (y la leemos), o mejor, cuando no. Qué pasa cuando la comunicación pasa por un intermediario como en ese cuento sobre el telégrafo de Henry James. Qué pasa con el fax que teje complicidades en *Lost in Translation*. Los de la mujer de Bob Harris, desde la profundidad de una desconexión conectada, los de Bob para Charlotte preguntándole, en medio de la noche, si está despierta. Y la pregunta parece preguntar también otras cosas. Qué pasa cuando aparecen computadores y pantallas. Cuando los mensajes y notificaciones la desbordan como en *Little Scratch* de Rebecca Watson. Intrusos. Y qué pasa ahora que el teléfono no suena y no es su hermana para salvarla de esta interacción. Qué pasa que la estudiante ahora llora y llora y no es capaz de combinar una palabra con otra. Y Emilia no quiere ofrecerle un vaso de agua porque ella odia cuando se lo ofrecen en esos momentos en que el mundo parece salirse de cauce.

La estudiante llora porque no es capaz de asistir a clase y se queda en cama paralizada por la ansiedad. Y le cuenta de una familia que no entiende, y de peleas con el novio, y de su baja autoestima. Le cuenta porque ella escucha, porque eso sí que lo sabe hacer bien. Escuchar mirando hacia abajo y no a los ojos, nadie es perfecta, pero

en esta oportunidad mirar hacia abajo le da la apariencia de una confesión, de estar pensando profundamente qué consejo podrá darle a su estudiante. Y lo que ella quisiera decirle, lo que realmente querría poder avisarle, es que nada de esto importa. Que una vez que salga de la universidad nadie volverá a mirarle las notas y no importarán ni la angustia ni la ansiedad. Y ojalá que pueda encontrar la manera de que le importe menos la familia y el novio y que la autoestima hay que cuidarla y desengancharse de redes y de likes y estrellitas y corazones. Eso piensa y eso quisiera decirle, pero las palabras también a ella se le atascan. Como un pedacito de manzana en la garganta, esa manzana envenenada que envía a Blancanieves directo al sueño congelado.

El pasillo está desierto, a estas alturas del semestre hay pocos profesores en la oficina, y ella también podría (debería) irse pronto. Tiene la excusa del embarazo. De que en su casa se concentra mucho más para corregir. Ir a trabajar es ponerse una máscara que dura poco. De timidez que todavía puede ser adorable.

Quizás.

La estudiante deja de llorar y le pregunta si puede ir al baño. Emilia no necesita autorizarla pero de todas formas hace un gesto con la mano. Qué ganas de huir mientras ella no está. En cambio toma el teléfono tratando de conjurar a su hermana que a estas horas debe estar durmiendo, preparándose pronto para despertar.

Pero Mara no está durmiendo y nosotros lo sabemos, aunque ella no.

Mara mira el techo, Mara revisa su correo, Mara intenta leer un poco. Mara se saca fotos con los nodos entre la ropa. Quizás sea bueno documentar el momento. Enviarle después la imagen a Emilia o a su padre, cuando ya haya pasado el peligro. Cuando esto solo sea una anécdota y no angustia. Por la ventana se ven árboles. Allá lejos, en algún lugar: la playa. Si esto fuera una película ella podría levantarse y salir a la calle. Caminar por ahí con la ciudad aún adormecida, con los primeros deportistas corriendo de arriba abajo, o algún insomne paseando a su perro. Podría llegar hasta la arena, no, mejor, hasta el borde del agua, escuchando una canción favorita y perfecta. Podría mirarse desde afuera como desde los ojos de alguien que la quiere o desde una cámara intrusa que luego la dejará de fondo en un video para redes sociales. Ella podría ser la mujer mirando a las olas, algo que le suena a un cuadro lleno de azules y blancos, a esa luz desbordada de Sorolla.

Ella podría acercar sus nodos al latido del mar.

Pero no lo hace.

En cualquier momento su corazón va a detenerse y ella debe estar tranquila. No pasa nada, no va a pasar nada, tus arterias están impecables, le dijo el doctor en la última consulta. Hay que estar atentos. Lo dijo con una sonrisa, le dio la receta de un remedio. El doctor no se acordaba de ella ni de qué exámenes le había mandado a

hacer. Miraba de soslayo la pantalla para verificar datos. Nunca la llamó por su nombre. Le tomó la presión (demasiado alta), le dijo que tratara de moverse.

No dijo deporte, no dijo ejercicio.

Dijo: moverse.

A Australia le dicen Oz. Cada vez que habla con Emilia olvida mencionárselo. Ellas vieron juntas la película del mago en una de las muchas noches en que su padre estaba de viaje (lejos-lejos) y su madre ya no. Esas noches con la abuela viendo las noticias en el segundo piso, o jugando solitario sobre la cama, mientras ellas se instalaban frente a esa pantalla grande en la salita. Su papá les había comprado la película. Podían verla hasta hartarse (eso hicieron). A Mara nunca le había llamado mucho la atención pero a su hermana sí. Cuando chica se la pasaba dibujando zapatitos rojos, tornados y casas voladoras. Se disfrazó de Dorothy para cuanta fiesta y Halloween pudo. Mara nunca quiso acompañarla. ¿Quién habría sido? ¿La bruja malvada? ¿Glinta? Aunque, ahora, con los nodos fríos en el pecho, con el corazón hecho un zumbido que empezaba a adormecerle el brazo, Mara piensa en el Hombre de Hojalata. Y en el corazón que el mago le da al final en la película: un reloj rojo que late sobre su pecho. En el libro, en cambio, es un corazón de género. Mara le había robado la novela a Emilia una tarde que había tenido que quedarse en casa. No le importaba Oz pero admiraba, no, *envidiaba*, que su hermana tuviera una obsesión. Algo para releer, para coleccionar. Ella que había llegado primero al mundo y a los afectos de su madre de quien Mara intentaba no olvidarse nunca. Apretaba los puños como queriendo retener las semillas de un recuerdo que cada vez iba quedando más lejos. Mara había llegado tarde, nunca se había sentido cómoda hablando su lengua materna. Pero el inglés tampoco lograba cobijarla.

A veces, cuando se siente particularmente sola, Mara escucha también los mensajes de voz de Emilia. No junto a su oreja, ni con el teléfono cerca. Esa cercanía del aparato le recuerda, le subraya, la ausencia de la persona. Mara ya es experta en simular contacto. Y entonces pone el teléfono en la pieza mientras ella se prepara un café en la cocina o lo apoya sobre el refrigerador mientras se lava los dientes en el baño. Entonces sí parece que está. Que toma desayuno y le habla desde lejos (pero no tan lejos) mientras ella se prepara para trabajar. Como si aún vivieran juntas. Esa cotidianidad de oír algunas palabras y otras no. Que parte de lo que se digan se pierda, se interrumpa, se confunda. Va construyendo a una hermana con los pedacitos de su voz. Con fotografías que a veces, también, deja de cubrir pantallas. Todo esto a Emilia no se lo cuenta. La Emilia que Mara se ha fabricado es ligeramente distinta a la hermana que le tocó tener. Como si pudiera editarla, limar las asperezas que le hacen daño y ese desconcierto de todo lo que no entiende. Y en ese proceso, también, o tal vez, o quizás, lograr recuperar un poco a su madre. A la que le gustaría que su

hermana le hubiese contado. Porque a Mara le duele (aunque nunca se lo haya dicho y menos ahora en que imagina que a Emilia el tener una madre debe hacerle falta) que su hermana nunca haya sabido contársela. Que haya omitido cosas que para ella serían importantes, resaltando otras que a ella no le importan, nunca le han importado. Como sus logros académicos. Algo que Emilia declamaba con orgullo como un poema aprendido de memoria para un concurso. Quizás porque a Mara no le gustaba ver la vida como una carrera de logros. Logros que, al cumplirse, te dejaban tanto o más insatisfecha. Entrar en esa carrera era perderse. Pero a su hermana le servía verse reflejada allí, en esa ambición, y por eso la contaba. Porque así, quizás, podía entenderse. Era su marco y su marca de referencia. Mara también podía recitarlos de memoria. Los premios, los aplausos. Hay videos y recortes. O los había en la casa en que vivieron durante esos años. Pero cuando Mara los nombra siente los dientes sucios y la lengua áspera. No le dicen nada. A Mara le gustaría que su madre hubiese escrito diarios. Cartas. Aunque tampoco sabe si tendría derecho a leerlos. ¿Tiene una hija el derecho a invadir esa intimidad de papel, de papeles?

La historia de una hija con su madre es una historia de amor.

Y quizás la de Mara con la suya era una de amor no correspondido.

La estudiante vuelve pero con ganas de irse. Emilia le sonrío con sonrisa de actriz nominada al Oscar. Le dice que se tome su tiempo. Que todo va arreglarse. La estudiante se aleja con su mochila, sin mirarla. Emilia se siente un fracaso. Nada de Oscar, la cámara filmando su rostro de decepción mientras es otra la que sube al escenario a llevarse la estatuilla.

Emilia se levanta y recoge sus cosas. Ve, al pasar, su reflejo en la ventana. Esa silueta que aún se le hace rara. Alien. Le gustaría pensar más en su madre pero la verdad es que no piensa tanto. Solo cuando debe recreársela a su hermana, como en un cuento de hadas, con varita mágica y todo. No le cuenta de sus últimos días, de esos brazos delgaditos y la respiración cansada, no le cuenta del color de su piel ni sus ojos vacíos. La varita conjura otros brillos, otras luces. Y, al hacerlo, le trae también a ella los recuerdos lindos como un regalo.

Antes de guardar su teléfono recuerda que no le ha mandado a Mara el último video de su sobrino por nacer. Allá es tarde, cierra los ojos y la imagina acomodando la cabeza en la almohada. Envía el mensaje. De fondo, en su oficina, suena la música de *El Joven Manos de Tijera*, en esa escena hermosa cuando empieza a nevar. Esa película la vieron juntas, como tantas. A Mara le gustaba bromear con que sus manos también eran afiladas y rompían todo. Pero en realidad sus manos eran pequeñas y nunca hacían daño.

La luz se va apagando del lado de Emilia que camina mirando el suelo.

Del lado de Mara está por iluminarse.

Los nodos le brillan en el pecho.

Los cables fríos la conectan con la incertidumbre de la historia que no cuenta.

Un brillo en su pantalla le anuncia el nuevo mensaje.

Pone PLAY y los latidos de Gaspar hacen vibrar las paredes.

Se llevan la angustia.

Lejos-lejos

(La historia de una tía con su sobrino es una historia de amor).

Mara cierra los ojos e imagina.

Un niño.

Cerca.

Que la mira con curiosidad y pasa los dedos por cables y nodos.

Hasta poner las dos manos sobre su corazón.

